



A Armando Genest.

XI

BONAPARTE EN SAN MINIATO

Quand, simple citoyen, soldat d'un peuple libre
Aux bords de l'Eridan, de l'Adige et du Tibre,
Foudroyant tour à tour quelques tyrans pervers,
Des nations en pleurs sa main brisait les fers...

MARIE-JOSEPH CHÉNIER (*la Promenade*).

Napoléon, après son expédition de Livourne, se rendant à Florence, coucha à San-Miniato chez un vieil abbé Buonaparte... (*Mémorial de Saint-Hélène*, par le comte de Las Cases, réimpression de 1823-24, t. 1^{er} page 149.)

«Je fus sur le soir à San Miniato. J'y avais un vieux chanoine de parent...» (*Mémoires du docteur F. Antommarchi, sur les derniers moments de Napoléon*, 1825, t. 1^{er}, page 155.)

Luego de haber ocupado á Livornia y de cerrar este puerto á los barcos ingleses, el general Bonaparte visitó en Florencia á Fernando, gran duque de Toscana que, único entre todos los príncipes de Europa, había cumplido de buena fe sus compromisos con la República. En testimonio de estima y de confianza vino sin escolta, con su Estado Mayor. Se le enseñó las armas de los

Bonapartes esculpidas sobre la puerta de una casa antigua. Sabía que una rama de su familia había en otro tiempo fructificado en Florencia y que de ella quedaba un vástago. Era un canónigo de San Miniato, con ochenta años de edad. A pesar de sus muchas preocupaciones y urgencias se había propuesto visitarle. Los sentimientos naturales estaban muy despiertos en Napoleón Bonaparte.

La víspera de su partida, por la tarde, fué con algunos de sus jefes á San Miniato, cuya colina, coronada de torres y murallas, se yergue á una media legua al sur de Florencia.

El viejo canónigo Bonaparte acogió con noble cordialidad á su joven pariente y á los franceses que le acompañaban.

Eran éstos Berthier, Junot, el ordenador jefe Chauvet y el teniente Thèzard. Les ofreció una comida á la italiana, en la que no faltaron ni las grullas de Peretola ni el lechoncillo perfumado de aromas y especias, ni los mejores vinos de Toscana, de Nápoles y de Sicilia. Él mismo bebió á la salud de las armas. Republicanos como Bruto, bebieron por la patria y por la libertad. Su huésped les dió la razón. Luego, volviéndose hacia el general, que había colocado á su diestra:

—Sobrino—le dijo—, ¿no sientes curiosidad de conocer el árbol genealógico pintado en la pared de esta sala? Verías sin disgusto que descendemos de los Cadolinges, lombardos que del x al xii

siglos se honraron por su fidelidad á los emperadores alemanes, y de los que salieron, antes del año 1100, los Bonaparte de Tréveris y los Bonaparte de Florencia, estos últimos muchísimo más ilustres.

Los jefes comenzaron á cuchichear y reir. El ordenador Chauvet preguntó muy quedo á Berthier si el general republicano se consideraría muy halagado de contar entre sus ascendientes á esclavos sometidos al águila bicéfala. Y el teniente Thèzard estaba presto á jurar que el general debía su existencia á unos buenos *sans-culottes*. Entre tanto, el canónigo Bonaparte seguía ponderando la excelencia de su casa.

—No oividéis, sobrino—dijo por último—que nuestros antepasados florentinos merecieron su nombre. Formaron el *buen partido* y defendieron constantemente á la Iglesia.

Al oír esta frase, que el buen señor había pronunciado con voz alta y clara, el general que, hasta entonces distraído apenas había escuchado, irguió su cabeza pálida y seca, tallada á la anti-gua, y con una mirada aguda heló la palabra en los labios del anciano.

—Tío—le dijo—, dejemos esas naderías y no les disputemos á las ratas de vuestro granero los pergaminos arrugados.

Y añadió con voz de bronce:

—Mi única nobleza está en mis acciones. Data

del 13 vendimiario, año IV, cuando fulminé durante las marchas de Saint Roche á las secciones reales.

»¡Bebamos por la República! La República es la flecha de Evandro que jamás desciende, y se convierte en estrella.»

Los jefes respondieron con una aclamación entusiástica. Hasta Berthier se sintió en este momento republicano y patriota.

Junot exclamó que Bonaparte no necesitaba de abuelos, y le bastaba con que sus soldados le diesen el mando en Lodi.

Bebieron vinos que tenían el gusto seco de las piedras de chispa y el olor de la pólvora. Bebieron mucho. El teniente Thézard estaba en situación de no poder callar su pensamiento. Orgulloso de las heridas y de los besos que había recibido en esta campaña heroica y alegre, anunció sin circunloquios al buen canónigo, que siguiendo los pasos de Bonaparte, los franceses darían la vuelta al mundo abatiendo tronos y altares, haciendo niños á las muchachas y abriendo el vientre á los fanáticos.

El viejo sacerdote, siempre risueño, respondió que entregaba espontáneamente á su hermosa furia, no las jóvenes con que les recomendaba casarse, sino á los fanáticos, grandes enemigos de la Iglesia.

Junot le prometió tratar favorablemente á las

religiosas, de las que sólo gratos recuerdos conservaba, pues las había hallado de corazón sensible y piel blanca.

El ordenador Chauvet sostuvo que debía de apreciarse la influencia del claustro en el color de las monjas. No le faltaba filosofía.

—De Génova á Milán—dijo—hemos mordido bastante en ese fruto prohibido. Creemos sin prejuicios; por lo mismo, una linda garganta parece más preciosa bajo las tocas. Yo no reconozco los votos monásticos, y declaro que concedo un valor singular á los muslos de una monja. ¡Oh contradicciones del corazón humano!

—¡Vamos á ver!—dijo Berthier—. ¿Puede recibirse placer en perturbar la razón y los sentidos de esas desgraciadas víctimas del fanatismo? ¿Es que no hay en Italia mujeres de la buena sociedad á quienes podáis enamorar en las fiestas, bajo el manto veneciano, tan favorable á las intrigas? ¿Es que no son bellas y galantes Pietra Grua Mariani, la señora Lambert, la señora Monti, la señora Gherardi de Brescia?

Enumerando á estas damas italianas, pensaba en la princesa Visconti, que, no pudiendo seducir á Bonaparte, se rindió á su jefe de Estado Mayor, y le amaba con un entusiasmo muelle, con una astuta sensualidad que había impresionado por siempre al débil Berthier.

—Yo—dijo el teniente Thézard—, yo no olvi-

daré á una pequeña vendedora de sandías que, en las gradas...

El general se levantó impaciente. Apenas le quedaban tres horas para dormir. Tenían que marchar al romper el día.

—Pariente, no os preocupéis de nuestros lechos—dijo al canónigo—. Somos soldados. Nos basta con un montón de paja.

Pero el excelente huésped había dispuesto ya que se preparasen camas. Su casa, desnuda y sin adornos, era grande. Uno tras otro, condujo á los franceses á los cuartos que se les había destinado, y les dió las buenas noches.

Solo en la habitación, Bonaparte se quitó la casaca, la espada, y borrajeó con lápiz una esquila para Josefina, veinte líneas ilegibles, en las que gritaba su alma violenta y calculadora. Luego, habiendo plegado el papel, rechazó bruscamente la imagen de la mujer. Extendiendo un plano de Mantua, escogió el punto hacia donde habían de convergir sus fuegos.

Absorto estaba en estos cálculos cuando sintió llamar á la puerta. Creyó que sería Berthier. Era el canónigo, que venía á solicitarle un momento de atención. Bajo el brazo llevaba dos ó tres cuadernos forrados con pergamino. El general miró los papeles con aire un poco malhumorado. No dudaba que fuesen la genealogía de los Bonaparte, y presentía una conversa-

ción interminable. Sin embargo, no afectó impaciencia.

Sólo era violento y colérico cuando expresamente lo quería. Ahora no deseaba displacer á su pariente: al contrario, deseaba agradarle. Y además, no le holgaba conocer la nobleza de su raza, con tal de que no estuviesen presentes sus oficiales jacobinos que pudieran burlársele ó censurarle. Rogó, pues, al canónigo que tomase asiento.

Este cogió una silla; puso sus registros en la mesa, y dijo:

—Sobrino, durante la comida empecé á hablar de los Buonaparte de Florencia; pero comprendí por la mirada que me lanzasteis que no era sitio de hablar sobre este asunto. Me callé, pues, reservando lo esencial para este momento. Os ruego, pariente, que me escuchéis con atención.

La rama toscana de nuestra familia produjo hombres excelentes, entre los cuales merece citarse Jacopo di Buonaparte, que testigo del saqueo de Roma en 1527, escribió un relato de este suceso, y Niccoló, autor de una comedia intitulada la *Vedova*, que se reputó como la obra de un Terencio. Sin embargo, no es de estos dos ilustres antecesores de quien deseo hablaros, sino de un tercero que los eclipsa en gloria como el sol eclipsa á las estrellas. Sabed que nuestra familia cuenta entre sus miembros á un bienaventurado, fra-

Bonaventura, discípulo reformado de San Francisco, que murió en olor de santidad el año 1593.

El anciano se inclinó al pronunciar este nombre. Luego prosiguió con un entusiasmo que no se hubiese esperado de su edad ni de sus costumbres indulgentes:

—¡Fra Bonaventura! ¡Ah, pariente! A él, á este buen padre, debéis el triunfo de vuestras armas. Él estaba á vuestro lado, no lo dudéis, cuando deshicisteis—como habéis dicho durante la comida—á los enemigos de vuestro partido en las marchas de San Rocco. Ese capuchino os ha guiado en las batallas. Estad seguro de que sin él no hubieseis sido tan afortunado en Montenotte, ni en Millesimo, ni en Lodi. Las señales de su protección son harto manifiestas para no verlas, y yo reconozco en vuestros triunfos un milagro del buen fra Bonaventura. Pero lo que os conviene saber, pariente, es que el santo hombre tenía sus designios cuando, adelantándoos al mismo Beau-lieu, os condujo de victoria en victoria hasta esta antigua casa donde esta noche moráis bajo la bendición de un anciano. Y precisamente he venido aquí para revelaros sus intenciones. Fra Bonaventura quería que conocieseis sus méritos, sus ayunos, sus austeridades, los silencios de un año entero á que se condenó. Deseaba que tocaseis su cilicio y su cordel, y sus rodillas tan encallecidas en las gradas del altar, que an-

daba torcido como una Z. Para que supieseis esto os ha traído á Italia, dándoos ocasión de que le volváis favor por favor. Pues no lo dudéis, pariente, si ese capuchino os ha ayudado en extremo, por vuestra parte podéis serle muy útil.

Dicho esto, el canónigo posó la mano sobre el grueso cuaderno que había dejado en la mesa, y respiró ampliamente.

Bonaparte aguardó en silencio la continuación de este discurso que tanto le agradaba. No había hombre más fácil de distraer.

El anciano aspiró y dijo:

—Sí, pariente, podéis ser utilísimo al buen fra Bonaventura, y él os necesita en el estado que se encuentra. Beatificado desde hace muchos años, aún espera figurar en el calendario. El buen fra Bonaventura languidece. ¿Y qué puedo yo, pobre canónigo de San Miniato, para que obtenga el honor merecido? ¡Su inscripción exige gastos que superan á mi fortuna y á las rentas del obispado! ¡Pobre canónigo! ¡Pobre obispado! ¡Pobre ducado de Toscana! ¡Pobre Italia! Pariente, pedid al papa que reconozca á fra Bonaventura. Os lo concederá. Su Santidad no se negará á incluir otro santo en el calendario. Grande honor irradiará sobre vos y sobre vuestra familia, y nunca os faltará la protección del buen capuchino. ¿Desconocéis el honor de tener á un santo en la familia?

É indicando los cuadernos de pergamino, el canónigo exhortó al general para que se los llevase en el maletín. Contenían la Memoria sobre la canonización del bienaventurado hermano Bonaventura, con las pruebas fehacientes.

—Prometedme—añadió—que os ocuparéis de este asunto, el más grande en que podéis interesaros.

Bonaparte contuvo la risa.

—Estoy en muy mal estado—dijo—para acometer un proceso de canonización. No ignoráis que la República francesa persigue cerca de la corte romana las debidas reparaciones por la muerte del embajador Bassville, cobardemente degollado.

El canónigo exclamó:

—¡Corpo di Bacco! La corte de Roma se disculpará, pariente mío, otorgará todo género de reparaciones, y nuestro capuchino figurará en el calendario.

—Las negociaciones no están á punto de concluir—replicó el general republicano—. Aún es preciso que la curia romana reconozca la constitución civil del clero francés y que rompa con sus propias manos la Inquisición, que hiere á la Humanidad y usurpa derechos á los Estados.

El anciano sonrió.

—*Mio caro figliuolo Napoleone*, el papa sabe

que es preciso dar y recibir. Cede á propósito. Os espera. Es viejo y pacífico.

Bonaparte se quedó pensativo, como si nuevas ideas vinieran á ordenarse en su poderosa cabeza. Luego dijo bruscamente:

—No conocéis el espíritu del siglo. Se es muy irreligioso en Francia. La impiedad está profundamente arraigada. Ignoráis el progreso de las ideas de Montesquieu, de Raynal y de Rousseau. El culto está abolido. Se le ha perdido el respeto. Sin duda no os habéis fijado en los conceptos escandalosos pronunciados por mis oficiales en la mesa.

El buen canónigo movió la cabeza.

—¡Oh! ¡Esos amables jóvenes son ligeros, calaveras, aturdidos! Ya les pasará. Dentro de diez años buscarán menos á las chicas é irán á misa. El Carnaval dura pocos días, y aun el de vuestra Revolución francesa no se prolongará mucho. La Iglesia es eterna.

Bonaparte confesó que él mismo era bastante poco religioso para mezclarse en un asunto puramente eclesiástico.

El canónigo le miró entonces á los ojos y le dijo:

—Hijo mío, conozco á los hombres. Os adivino: no sois filósofo. Ocupaos del bienaventurado padre Bonaventura. El os devolverá el bien que le hayáis hecho. Cuanto á mí, soy demasiado vie

jo para presenciar el éxito de este gran asunto. Moriré pronto. Si lo acogéis en vuestras manos, moriré tranquilo. Y, sobre todo, no olvidéis, pariente, que todo poder procede de Dios, sirviendo de intermediarios los sacerdotes.

Se puso de pie, elevó los brazos para bendecir á su joven pariente, y se retiró.

Quedado á solas, Bonaparte hojeó la voluminosa memoria á la claridad humosa de la vela: pensó en el poder de la Iglesia, y se dijo que la institución del papado era más duradera que la constitución del año III.

Llamaron á la puerta. Era Berthier, que venía á advertir al general que todo estaba presto para la marcha.

FIN.



INDICE

	Págs.
PRÓLOGO.—EL R. P. ADONE DONI.....	5
I.—SAN SÁTIRO.....	15
II.—MESSER GUIDO CAVALCANTI.....	45
III.—LUCIFER.....	63
IV.—LOS PANES NEGROS.....	71
V.—EL ALEGRE BUFFALMACCO.....	77
I.—Las cucarachas.....	77
II.—La ascensión del Tafi.....	86
III.—El maestro.....	97
IV.—El pintor.....	102
VI.—LA DAMA DE VERONA.....	109
VII.—LA HUMANA TRAGEDIA.....	115
I.—Fra Giovanni.....	115
II.—La lámpara.....	123
III.—El doctor Seráfico.....	126
IV.—El pan en la piedra.....	129
V.—La mesa bajo la higuera.....	132
VI.—La tentación.....	135
VII.—El doctor Sutil.....	140